Jorge Alberto Manrique

Germán Venegas

La primera vez que vi una obra de Germán Venegas fue en Aguascalientes, en el Encuentro de Arte Joven, una vez que yo no fui jurado. De paso señalo la importancia de ese tipo de encuentros y concursos, que es donde podemos ver a artistas que no están todavía en galerías y que no veríamos de otro modo. Recuerdo que no se le dio premio, aunque no estoy seguro si se le dio alguna mención. Su trabajo me sorprendió y casi diría que me revolvió. Se trataba entonces de unos relieves coloreados, cuya apariencia remitía inmediatamente al trabajo de máscaras de cartón de las ferias mexicanas. La referencia era válida: ahí estaban los colores, las formas, podría decirse que las texturas, pero en una situación nueva. No se trataba de formas consabidas y repetidas, como en el arte popular, sino de creaciones personales e intencionadas.

En realidad no eran piezas de cartón, sino una combinación de talla en madera inclusa en lienzo. Yo no sabía entonces que Germán Venegas era hijo de un santero entallador. Hace doce o trece años que esto sucedió empezaban a figurar en el ambiente mexicano una serie de artistas que intentaban retraer ciertos aspectos de un arte popular mexicano, primordialmente de un arte marginado y mal reconocido, tanto del campo como de la ciudad. Se les llamó "neomexicanistas" por algunos. Yo rechacé siempre ese término, por varias razones: por antipático en primer lugar (todo término que requiere de un adjetivo o un prefijo es por definición antipático); por incongruente, puesto que la idea de "neo" implicaba una referencia a la "escuela mexicana" y su exaltación del pasado y el presente indio —y yo no veía en los nuevos artistas ninguna intención de idealizar ese pasado o presente con rasgos del pasado, sino precisamente una actitud de rechazo hacia aquella posición, esa sí "mexicanista"— y por pobre para definir las búsquedas que algunos artistas emprendían en los principios de los años ochenta.

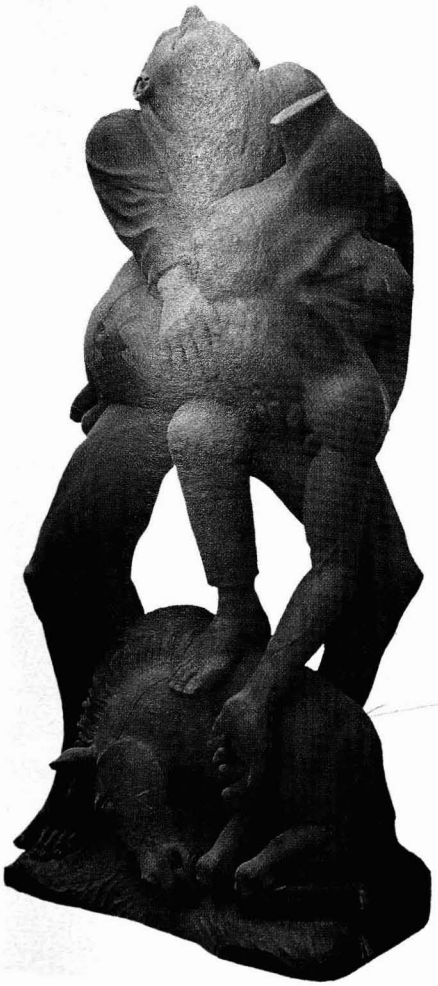
Pero la realidad es que en el escenario tan amplio y variado del arte mexicano algo específico estaba pasando. Yo lo he llamado —con poca fortuna, por cierto— "los del nopal" apoyado en una exposición del Museo de Arte Moderno en 1986, cuyo título y lema era (tomado de una sátira del siglo XVII) "que para tanto oropel/tiene espinas el nopal". De quienes andaban en esa vertiente, algunos declinaron a un folklorismo o pintoresquismo de poca trascendencia. Otros, en cambio tuvieron ahí su punto de partida para desarrollar otras cosas. Entre éstos está Germán Venegas.

Suponer que Germán Venegas es lo que es porque es hijo de santero y entallador me parece equivocado, porque propone la continuidad de una tradición y lo reduce a una especie de artista popular, que continuara la historia de sus mayores. Germán Venegas puede ser visto y apreciado sin conocer tal antecedente. Ni está determinado por esa circunstancia ni repite lo que hicieron sus mayores. Sin embargo esa circunstancia tampoco puede ser despreciada. Más que en el aprender un oficio —lo que sin embargo lo marca de alguna manera— lo que

De la serie *Los payasos*, 1986, gouache/papel, 90 x 80 cm

Los abuelos, 1984, acrílico/altorrelieve de cartón y madera/tela, 140 x 180 x 6 cm

Zapata vivo, 1984, acrílico/cartón y tela, 140 x 180 cm



La muerte de Zapata, 1987, escultura en madera, 130 x 60 x 30 cm

siento al ver su obra es una concepción del quehacer que, si bien tiene qué ver con lo que es el arte en términos de nuestra apreciación actual, tiene también qué ver con otra idea, absolutamente ajena, la de que hacer un objeto tiene una carga de sagrado.

Quizá sea eso lo que hace excepcional la obra de Venegas. Frente a ella sentimos que no estamos ante un juego inteligente, ni frente a una notable habilidad, aunque desde luego hay juego y hay inteligencia en su obra, y hay una sorprendente habilidad. Pero hay, más allá de eso, un sentimiento profundo, cargado de presencias interiores y cósmicas (si se me permite decirlo), en donde se confunden y funden nuestro (su) personal microcosmos con un ámbito mucho más amplio, el de un mundo que no conocemos pero sentimos a través de objetos como los que Germán Venegas inventa. Su obra no es de aquéllas que se quedan en sí mismas, sino que se propone como camino para acceder a otros terrenos.

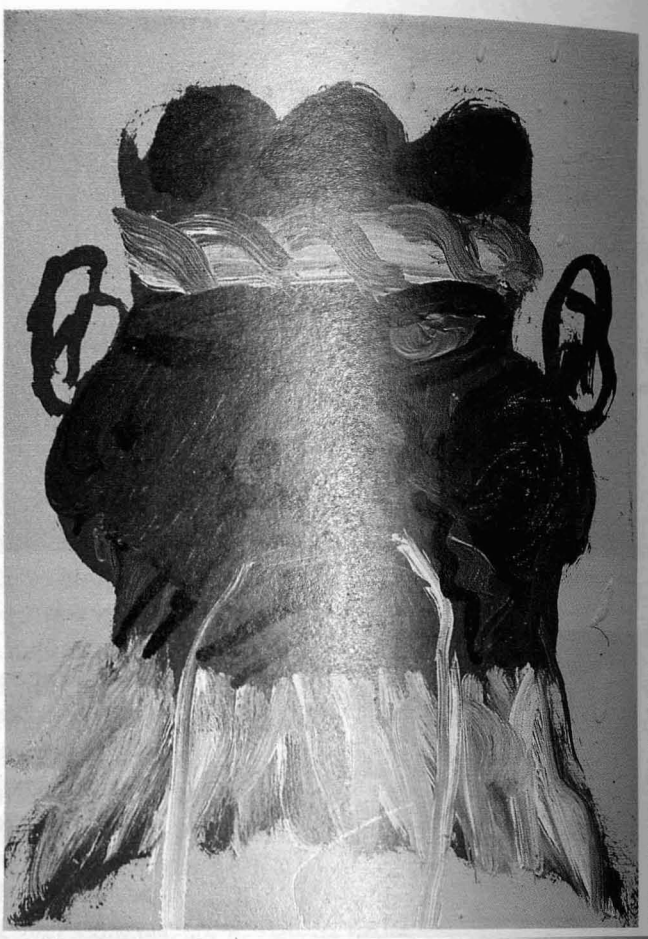
Venegas es un artista de riesgo. Vale decir, es un artista inconforme. Empezó por esa rehabilitación del mundo de la imaginería popular. Pero pronto se fue por otros derroteros. Por una parte realizó esculturas en madera, extraordinariamente trabajadas, de una delicadeza que —en nuestro medio— sólo es comparable al trabajo de Reynaldo Velázquez. Y por otra parte desfogó su necesidad hacedora en gran cantidad de papeles coloreados. Ambas cosas revelaban un artista absolutamente fuera de lo común.

La última exposición de Venegas en el Museo de Arte Moderno permitió ver cómo un artista vela sus armas antes de dar una gran batalla. El grueso de la muestra era de trabajos de los últimos dos años.

No sé si sea correcto hablar de "relieves". Las obras tienen volumen y obligan a una visión frontal, pero no se interesan en la gradación de las formas respecto al plano. Son objetos, pedazos de objetos, pedazos de cuerpos humanos que se colocan sobre un plano. Maderas trabajadas en forma violenta. Cuerpos despedazados, en palos mal armados. Una inusitada capacidad "gestual" en el medio escultórico, que teóricamente es ajena a él. Junto a la madera, alambres, cerdas, pelos.

De pronto advertimos que Germán Venegas se ha convertido en un artista de una dimensión sorprendente, que propone y refleja un mundo descoyunturado, sin sentido claro. No hace otra cosa sino sumergirse en la realidad que le está en torno. Y emerger con unos objetos absolutamente impredecibles, esos relieves que tienen una presencia propia y verdadera, pero que remitan a otras realidades míticas y profundas.

El maldito, 1984, óleo/tela, 40 x 30 cm



Rostro, s/f, óleo/tela, 40 x 30 cm

De la serie *Los payasos*, 1986, gouache/papel, 90 x 80 cm

Boxeador y modelo, 1985, acuarela, 80 x 105 cm

La tensión que resulta del conservar formas tradicionales del quehacer artesanal y realizar una obra personal y por lo tanto única es lo que hace de la obra de Germán Venegas un hecho sorprendente y magnífico.

Sin ninguna referencia explícita, la obra de Venegas se introduce en los laberintos degradados del mundo que vivimos. Lo hace con una fuerza de aquéllas que se encuentran sólo muy de cuando en vez. Dueño de un oficio notable, tiene la capacidad de hacernos ver, a través de sus figuras desmembradas, la miseria de nuestro mundo. Y al mismo tiempo mantener una mirada socarrona, burladora, de este espacio y tiempo que es el nuestro.

En el fondo, quizá, Germán Venegas no se propone sino como un testigo. Un testigo de excelencia de las miserias y grandezas de este pedazo de tiempo que es —así sea sólo prestado— el nuestro. ◊

De la serie *Los payasos*, 1986, gouache/papel, 90 x 80 cm